

**CALLAHAN, DANIEL**

***Poner límites. Los fines de la medicina en una sociedad que envejece.***

Editorial Triacastela, Madrid, 2004, 335 pp.

Meritorio es que la Editorial Triacastela haya decidido publicar una versión en lengua española del ya famoso y controvertido libro que Callahan publicara por primera vez en 1987. Tanto su primera edición como la segunda de 1995 despertaron una ola de críticas, algunas sensatas, otras desproporcionadas, las más desorientadas.

Callahan es un distinguido filósofo y un ameno escritor. De los muchos años que le conozco, y de las veces que hemos compartido alguna conferencia o algún viaje, guardo el recuerdo de un infatigable trabajador, de esos que están permanentemente a la caza de algún concepto, elaborando una idea o escribiendo algunos renglones. En Praga, ciudad a la que nos condujo un proyecto famoso que él dirigiera, que llevó por título “Los fines de la medicina”, Callahan solía retirarse a su habitación a escribir algunos de los que luego serían “best sellers” de un género –el de este libro– que bien pudiera llamarse “de filosofía práctica” o de “sabiduría aplicada”. Bien entiendo que tales apelativos pueden sonar a sarcasmos o a designaciones peyorativas, pero quisiera proponerlos porque al escribir el autor y al leerlo el lector se produce un excelente clima de diálogo que recompensa a quienes se aventuran en el examen de sus argumentos.

“Poner límites” se originó en la observación, por simple no menos impactante, de que los costos asociados a la vejez y el envejecimiento crecen en forma desmesurada en casi todas las sociedades, especialmente en las desarrolladas tecnológicamente. Cuando Callahan escribe su libro, se da en su país, Estados Unidos, la paradoja de que los más viejos están recibiendo más ayuda estatal que los más jóvenes. También se observa una lacerante realidad y es que en una de las economías más florecientes del planeta, y en una sociedad altamente “comodificada”, más de 40 millones de personas carecen por completo de cualquier tipo de cobertura médica y están condenadas, por ende, a ser parias en medio de la riqueza. Callahan se pregunta si no ha llegado el momento de reflexionar sobre estas paradojas en forma seria. Considera que la medicina moderna ha logrado muchos triunfos y que la tecnología se ha empleado en derrotar la enfermedad, combatir el dolor y la invalidez y prolongar la vida. Sabiendo eso, no cabe sino concluir que los problemas no derivan de haber tenido poca ciencia médica sino de haber tenido mucha y, lo que es peor, exitosa. La gente pudo esperar –en un clima de “falsas esperanzas”, como titula Callahan otro de sus libros– que la vejez sería tan subsanable como un resfriado y que no hay límites de gasto si la necesidad se toma por norma.

Anticipar una catástrofe no estuvo entre sus prioridades, según confiesa el autor, al momento de publicar. Quería advertir de entrada que las sociedades exitosas operan con alguna forma de racionamiento de los bienes sociales, y que éste se puede hacer azarosamente dejando sin racionalidad muchas decisiones y logrando éxitos muy contradictorios. De allí la tesis, tan malentendida, que anima a este libro: es posible racionar los recursos terapéuticos de manera sensata en función de la edad.

A primera vista, el lector sencillo no deja de sentir cierto escándalo. Acostumbrados como estamos a decir lo “políticamente correcto” en materia de distribución de los recursos, podría repugnarnos de entrada que alguien, lisa y llanamente, advierta que estamos compelidos a hacerlo, porque estamos obligados, temprano o tarde, a convivir con el éxito de las ciencias médicas. La edad, tomada como parámetro individual, no debiera autorizarnos para negar atención médica a nadie. Y, sin embargo, todos sabemos o intuimos que en algún futuro los sistemas sociales de apoyo a la ancianidad, sobre todo los solidarios, colapsarán y se hará insoportable mantenerlos. Primero, porque las poblaciones envejecen velozmente. Segundo, porque cada vez demandan recursos médicos más caros. Tercero, porque la masa de personas jóvenes y activas no sólo se reduce sino, además, se compone de personas que no desean sacrificarse por sus viejos.

Callahan mezcla en este libro datos, observaciones y argumentos con notas autobiográficas que obligan a preguntarse hasta donde mantiene con rigor sus puntos de vista. Las preguntas clave (las mismas que le haría uno al piloto del avión en que viaja) son: ¿cómo se ve usted en el escenario que describe? ¿Se aplican

a usted las conclusiones, por ingratas que parezcan? Callahan, paladinamente, afirma no saberlo. Su biografía será su último y definitivo testimonio. Y cuando prologa esta versión española de su libro ya bordea los setenta y cinco años y puede comprobar que vive bien, que tiene esperanzas y que tal vez no querría morir aún.

La pregunta es, por ende, no si todos moriremos sino cuándo y cómo sería mejor morir. Morir la propia muerte y en forma oportuna es morir dignamente. No hay aquí una apresurada banalización de la eutanasia concebida de modo vulgar ni, ¡sálvenos el cielo!, una tórpida argumentación economicista del tipo “invirtamos en las edades más rentables”. Debo confesar que en innumerables ocasiones, presentando los argumentos de Callahan ante audiencias relativamente toscas en reflexión, me encuentro con escandalizada repetición de consignas, monsergas y doctrinas. Yo nada tengo contra estas manifestaciones imperfectas del espíritu humano. Solamente que no nos dejan aprehender la riqueza de un diálogo como el que Callahan propone.

El autor sugiere, por ejemplo, que una vida lista para la muerte es una vida que ha cumplido su curso natural. Ello puede ocurrir a los treinta, a los cincuenta, a los setenta. La completitud, la perfección de las vidas humanas no se mide en más años sino en años plenos, buenos, satisfactorios, sanos y felices. Mala elección la del término “natural”, porque no se refiere a biología sino a biografía. Quiere insinuar que todos intuimos, o sabemos, o creemos saber, que la muerte de un niño es más triste que la de un anciano, siquiera porque, como dice la sabiduría popular, “no ha vivido aún su vida”. Esta percepción por supuesto está determinada por la cultura y la costumbre, no por un gen de la longevidad esperada. Es variable de comunidad a comunidad y es muy difícil concebir que pueda haber una sociedad tan metódicamente reglada que elimine a algunos de sus miembros en virtud de ineluctables leyes de lo que los primeros sociólogos llamaron “mecánica social”. Sin embargo, fue la tesis de Emile Durkheim, cuando habla de la “tasa suicidógena”, constante para cada sociedad. El suponer una suerte de espíritu colectivo huele a pensamiento biologizante, huele a pensar de los seres humanos como “hordas” instintivas, sin individuos, colmenas más que sociedades. Un razonamiento como éste de racionar los recursos por superior designio de la comunidad recuerda los peligrosos totalitarismos de antaño y hogaño.

En el plano individual, quiero reivindicar la noción de “calidad del ciclo vital”. No simplemente calidad de vida –concepto estático– sino calidad del ciclo total, que considera lo dinámico de los cambios, las transiciones y las crisis. Lástima es que solamente pueda estimarse retrospectivamente, si bien la nueva medicina predictiva y la elaboración del concepto de riesgo (probabilidad de daños y amenazas) permite anticipar algo. Lamentablemente, toda futurología, incluso a escala menor, ha probado ser ilusoria.

He aquí, pues, en síntesis algunos de los temas aludidos en este libro de amena lectura. El valor de la tensión entre lo colectivo y lo individual para la reflexión moral no precisa destacarse. La reflexión sobre las etapas de la vida humana y el intrínseco valor de cada una encuentra en este libro una magnífica presentación. La vocación de la muerte, que algunas culturas rechazan y convierten en tabú y otras ensalzan, es un tema implícito. Las preguntas son múltiples, las respuestas ambiguas, el tiempo breve, el arte interminable.

La cuidada presentación gráfica de este libro es un aliciente aún mayor para una lectura grata.

Fernando Lolas Stepke

**VERONELLI, JUAN CARLOS & VERONELLI CORRECH, MAGALÍ**

***Los orígenes institucionales de la Salud Pública en la Argentina.***

Organización Panamericana de la Salud, Argentina, 2004, Tomo 1 y Tomo 2, 712 pp. en total.

Difícil sería anticipar la profundidad y versación histórica de estos dos volúmenes atendiendo al título que los identifica. Éste anticipa una muy especializada visión de las instituciones de salud pública y parece contentarse con insinuar que la obra tratará solamente de sus orígenes.

La verdad es que se trata de un texto mucho más completo que eso. Los autores revisan la historia de las instituciones sanitarias en la Argentina en el contexto de una razonable cobertura de la historia político social del país y del virreinato del Plata, del cual formó parte lo que hoy es la República Argentina. Estudian las instituciones coloniales y la progresiva profesionalización de las labores de vigilancia y control de las enfermedades infecciosas. Centran su análisis, ya en la época republicana, en el desempeño de los diferentes organismos públicos que la nación argentina creó para sistematizar y ordenar el trabajo de prevención y promoción de la salud colectiva e individual.

Una motivación importante para emprender la preparación de este enjundioso libro está explicada en la introducción. Se trata de la paradoja de que, hacia 1950, Argentina era no solamente un país poderoso en lo económico y ejemplar en muchos sentidos, sino también contaba con un progresivo mejoramiento de las condiciones de salud y de organización del sistema sanitario, y luego vino un estancamiento que no puede atribuirse sencillamente a un destino histórico ineluctable. Comparado con otros de la región latinoamericana, afirman los autores, la clave para entender este desarrollo particular radica en una “debilidad estructural de nuestra organización médico-sanitaria”. Tal debilidad se produce por y se expresa en una fragmentación institucional verdaderamente notable, en unas formas de regulación frondosas y hasta contradictorias y en una multiplicidad de agentes y actores sociales con atribuciones no del todo claras y a veces hasta antagónicas.

En este libro se encontrará una razonable exposición histórica matizada con opiniones personales en un grado aceptable, aunque, en ocasiones, el lector de fuera de la Argentina no sepa exactamente cuán ecuánime ha sido el juicio sobre determinadas personas o rumbos institucionales. Los autores advierten que, en su valoración, han echado mano no solamente del panegírico habitual que suele hacerse del ministro de turno o del amigo político, sino también del documento hostil y de la opinión discrepante. Con todo, no está ausente la admiración por personas notables como Guillermo Rawson, Eduardo Wilde, Emilio Coni o Ramón Carrillo, aunque el juicio definitivo sobre cada uno y sus aportaciones sea ponderado y hasta ecuánime.

Sin duda alguna, de las grandes ideas-fuerza que se impusieron en las políticas públicas asociadas con la salud, aquella de la solidaridad mezcló desde siempre la protección personal con la promoción del bienestar. No cabe duda que segregar la calidad de la vida en aquella dependiente del entorno y aquella relacionada con la salud, por más razonable que parezca desde el punto de vista técnico, suele ser desmentida en la realidad por la precariedad del tejido social en las repúblicas latinoamericanas. Como tema que es de política en el sentido noble de la expresión, las páginas de este libro riguroso en su análisis documental, sólido en su consulta de las fuentes y ameno en su presentación, ofrecen claves de interpretación y sugerencias para nuevos planteamientos.

Esta publicación de la Representación de OPS en Argentina cuenta con un adecuado índice de nombres y recoge un conjunto apropiado de fotografías que, sin duda, contribuyen a su mejor lectura. Quizá en una segunda edición pudiera pensarse en un índice de materias que ayudara al estudioso a un mejor aprovechamiento del trabajo. Cabe felicitar a los autores y a quienes los apoyaron y estimularon por haber producido un texto de singular valor que, esperablemente, podría generar en otros la sana inclinación a emularlo.

Fernando Lolás Stepke